

ALGUNAS REFLEXIONES
SOBRE "LIBERACION DEL PUEBLO ANDALUZ"

José Aumente.

El objetivo de estas reflexiones es colaborar con el pueblo andaluz para que se convierta en sujeto creador de propia historia. Deje de ser así un pueblo manipulado desde el poder, explotado por sus propias clases dominantes, y se libere de este "capitalismo dependiente" que le extrae hasta el último fruto de su trabajo.

Ningún proyecto que no ponga por encima de todo al hombre de nuestro pueblo, al andaluz como persona, a nuestras secularmente explotadas clases trabajadoras -campesinas, sobre todo- debe ser aceptado. La fé en nuestro pueblo, el respeto infinito que merece, es la primera condición que debiera exigirse a todos nuestros políticos.

Porque la política no debe ser el arte de manipular a los hombres, hacerse con el poder, y mantenerse en él por encima de todo. La política no puede ni debe ser sino una reflexión común sobre los fines globales de la sociedad en que vivimos, y la puesta en práctica de aquellos procedimientos que permitan a todos participar y decidir en esos fines que a todos convienen.

Quisiéramos pues contribuir con este trabajo, en la modesta medida de nuestras posibilidades, a que nuestro pueblo andaluz tome conciencia de sí mismo, vea un poco más claro, y se ponga en marcha. Sólo así habrá iniciado el largo, pero seguro camino, de su liberación.

I

ANDALUCIA, COMO "FORMACION SOCIAL".

No existen "leyes generales" de la revolución y el socialismo, sino modelos concretos aplicables a las realidades concretas. Y Andalucía es una realidad concreta. Andalucía es una "formación social" bien delimitada. Es ésta la premisa de que partimos para nuestras reflexiones.

Las determinadas condiciones históricas en que se han venido desarrollando las relaciones de producción en Andalucía -al menos, desde la conquista castellana- ha configurado a través de los siglos éstas que aún persisten. Ha sido el regimen de propiedad de la tierra constituido a lo largo del siglo XIX (decretos de señoríos y desamortizaciones eclesiásticas, ventas de propios y baldíos) lo que ha dado lugar, no sólo a una feroz lucha de clases -agitaciones campesinas de últimos del siglo XIX y primero del XX- sino a la insistencia del subdesarrollo. Una región con gran potencial de recursos, con enorme capacidad agrícola y demográfica, se ha ido hundiendo en el abismo de la regresión y el subdesarrollo. No hacen falta muy profundos estudios para percatarse de que ha sido la estructura formal en que se ha ejercido el absoluto dominio de una burguesía agraria -procedente del nuevo regimen de posesión y tenencia de tierras -lo que ha imposibilitado todo despegue. Después, las cosas han venido rodadas. Andalucía se ha ido convirtiendo en una bolsa de "capitalismo dependiente", capitalismo "periférico" o "marginado" incluido en la dinámica general del mismo; y por lo tanto, de este modo necesario para que el sistema en su conjunto siga bien funcionando.

Por supuesto que apenas necesita demostrarse que Andalucía no es hoy una sociedad industrial avanzada. Precisamente en la década de los 60, cuando España dió un paso adelante en su desarrollo económico, fué cuando se puso más en evidencia, la grave situación de deterioro en que se encontraba Andalucía. Los indicativos son significativos, cuando nó alarmantes: emigración masiva, bajo nivel de empleo, inadecuada distribución de la población activa, escasez de inversiones, poca y, además, anárquica industrialización,

analfabetismo, inadecuada estructura agraria, etc. etc. Bien, estos son los indicadores. Pero, ¿a qué se debe esto?. Si nuestra economía es incongruente, es subdesarrollada, y estructuralmente un verdadero desastre, ello no es por azar; ello así ocurre porque es víctima de dominaciones que frenan su futuro, que impiden su coordinación y despegue. Si en nuestra economía funcionan diversos sectores que carecen de la imprescindible cohesión o interdependencia; si existe una economía rural al margen del conjunto; si, por otra parte, se da una economía urbana inflacionista y de servicios; y por ~~su~~^{otro} lado nos encontramos con unas economías de enclave, a modo de focos de industrialización aislados; y todo ello, sin ligazón, sin engarce, sin coherencia de ningún tipo, es evidente que tal cúmulo de circunstancias no ocurren por casualidad. Si esto es así, es porque ello interesa a este tipo de capitalismo, el central, el desarrollado, que exige para bien funcionar él, la existencia de otras zonas dominadas y dependientes. Se ha dicho repetidamente que el subdesarrollo es la otra casa del desarrollo. Si esto es así, nunca mejor dicho que Cataluña es la otra cara de Andalucía, desde la emigración a la Consumista.

En definitiva puede afirmarse que otras zonas del sistema se aprovechan de los recursos andaluces, de los excedentes de capital andaluz, de su mano de obra barata; y por otra parte, Andalucía se constituye en apetitoso mercado en que colocar sus productos ya manufacturados. Y para remate -o para empezar- nuestra burguesía ha estado y está a remolque de los grandes grupos industriales y financieros de otras zonas; compra acciones o especula, pero no invierte en empresas productivas.

Gunnar Myrdal (Teoría económica y países subdesarrollados. Fondo de C.Económico . México. 1969) ha señalado el fenómeno con gran claridad. Afirma: "la expansión de una zona produce efectos negativos sobre otra. Más aún: los movimientos de capital, trabajo, bienes y servicios, no sólo no compensan la tendencia natural a la desigualdad regional, sino que son los medios a través de los cuales se consolida el proceso acumulativo... Investigaciones realizadas en muchos países han demostrado que el sistema bancario tiende a convertirse en un instrumento que facilita la succión de los ahorros de las regiones pobres hacia las regiones más ricas y avanzadas... El funcionamiento del comercio se funda sobre la misma tendencia funda

mental que favorece a los países ricos, haciéndolos progresar a costa de los otros".

Las consecuencias obligadas de toda esta estructura viciada es la siguiente:

1. La mayoría de los "trabajadores inmediatos" -aquellos que efectivamente producen bienes de uso y consumo- viven en condiciones de gran pobreza, y son víctimas de una intolerable explotación.

2. Las clases dominantes andaluzas son incapaces de promover, bajo su propia dirección, el desarrollo de las fuerzas productivas, pero sin embargo, viven bien y lo suficientemente contentas al amparo del capital extraño. No necesitan -ni quieren- convertirse en una burguesía industrial fuerte.

Desde el momento, pues, en que la explotación de los trabajadores andaluces es protegida y perpetuada por un capital extraño a la región - del que naturalmente es cómplice el autóctono - ello implica que la revolución social, la transformación socialista, coincide plenamente con todo lo que suponga un movimiento de liberación y autonomía regional. Y mientras nunca podrá darse en Andalucía un regionalismo burgués, por la sencilla razón de que la burguesía no está interesada en ningún tipo de auténtica autonomía, la verdadera vanguardia combativa -por verdaderamente interesada- aquella que ha de constituir punta de lanza de nuestra liberación regional, ha de ser, necesariamente, el proletariado rural. Y ello, por la sencilla razón de que, dadas sus condiciones de vida, sus relaciones de producción, es el más capacitado para tomar conciencia de en donde está la índole de la situación. Este proletariado rural necesita emigrar, porque al capitalismo dependiente no le interesa crear puestos de trabajo en la región; remite sus ahorros desde fuera, y los mismos son inmediatamente invertidos muy lejos de su propia tierra; consume unos productos caros, manufacturados fuera, quizás con mano de obra andaluza, materia prima andaluza, e incluso ^{un} capital andaluz succionado por los Bancos. El ciclo de la explotación abraza hasta su última fase, que es la del consumo. Y todo esto, donde se vive, se palpa, e hiere en la carne, es en el medio rural, en los trabajadores eventuales del campo - ~~antiguos~~ jornaleros - que son los trabajadores más sangrientamente explotados de toda España.

La clase trabajadora rural es y debe ser la vanguardia ~~revo-~~ revo-

lucionaria de Andalucía, porque:

- a) es la más explotada.
- b) es la que menos tiene que perder.
- c) no tiene ninguna posibilidad de ser redimida a no ser que cambien las estructuras económicas.
- d) es la más numerosa.
- e) en ella se manifiestan mucho más crudamente todas las contradicciones de nuestro "capitalismo dependiente".

Unos cuantos datos pueden darnos una idea de cómo ^{se están} ~~van~~ viviendo ~~viviéndose~~ estos problemas en el medio rural.

Según el censo oficial de 1970, vivían en otras regiones del país, en ese año, 1.611,791 andaluces. Es decir, uno de cada cuatro andaluces vivía fuera de su tierra. Sólo en Cataluña habitaban en ese año, 840,093 andaluces. Con razón se ha hablado de la "novena provincia". Pero estos no son todos los andaluces obligados a marcharse, sino que hay que añadir los "euroemigrantes". Por ejemplo, el total de emigrantes con destino a Alemania, controlados por el Instituto Nacional de Emigración fue durante el periodo 1962-74 de 128,342. Los temporeros que van a Francia (vendimia, remolacha, flores) a veces rebasan los 100,000. En 1972, concretamente, marcharon a Francia para la vendimia 112,576 personas. (cifras tomadas del libro de Francisco Lara, "La emigración andaluza". Edit. La Torre)

Pero este tremendo problema de la emigración es un "fenómeno social total", en cuanto se han implicados en él, todo un conjunto de factores. Como dice José M^a. Santos, "la salida masiva de los andaluces no responde a criterios o planteamientos puramente económicos; responde también a las circunstancias de escepticismo de un pueblo cansado de reivindicar sus derechos, y consciente de su derrota en la guerra civil". Es decir, revela también la desesperanza más radical, el escepticismo más absoluto, respecto a la posibilidad de encontrar en su propia tierra, su propio pueblo, una salida colectiva para sus problemas. Es la escapatoria individualista, aislada, personal, ante el fracaso colectivo experimentado como pueblo para arreglar políticamente sus asuntos. Este fenómeno de aumento de la emigración ya ocurría también, a principios de siglo, después de cada fracaso ^{en} ~~de~~ los intentos revolucionarios anarquistas (Véase Díaz del Moral).

Y para más elevosía, viene la otra cara de la emigración. En el

periodo 1956-1972 enviaron los emigrantes a España la respetable cantidad de 4.206.12 millones de dolares. La emigración, en 14 años, ha supuesto la cantidad escalofriante de 600.000 millones de pesetas, lo que ha constituido el balón de oxígeno que precisamente necesitaba la economía española en aquellos años. De ellos, 350.000 por los andaluces. Mientras tanto, solamente el 1,5% de esta cifra se ha invertido en Andalucía. La renta per capita andaluza ha ido disminuyendo respecto a la nacional. Todos los indicadores económicos iban marcando nuestro descenso. Y sin embargo, a mayor subdesarrollo, más emigración, y más depósitos en las Cajas de Ahorro (las máximas cifras correspondían precisamente a la zona más deprimida, Granada) y, en consecuencia, más extracción de capitales para invertirlos fuera de Andalucía.

Dejémosnos, pues, de paños calientes. El capitalismo español exigía la emigración como necesidad objetiva para su buen "funcionamiento". Andalucía ha desempeñado el papel de una cantera de suministros (materias primas, mano de obra, dinero) y un mercado fácil para vendernos, después, los materiales nuestros, trabajados por nosotros, y con dinero nuestro. En cada una de estas fases, nuestro pueblo ha sido estrujado al máximo. Se trata de un sistema económico-político que explota, trafica, comercia, con los andaluces. En nuestros pueblos se han instalado auténticos puestos de compra-venta de material humano. Nuestra región -sin paliativos- ha sido, y es, utilizada y manipulada por el capitalismo hasta los límites del genocidio.

En definitiva, Andalucía es una formación económico-social bien delimitada. El nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas, sus relaciones de producción, la índole de sus contradicciones, la correlación de sus fuerzas sociales, todo es, en cierto modo, peculiar y distinto respecto a otros pueblos del Estado Español. De aquí que necesite unos planteamientos políticos también distintos, y unos instrumentos políticos ~~razonables y distintos~~ con la suficiente independencia como para poder actuar con la imprescindible capacidad de decisión propia. De aquí también que Andalucía necesite - si se nos permite la expresión - su propia "via al socialismo". Porque, lo que está claro, es que ^{con} el capitalismo, en virtud de su propio mecanismo de funcionamiento es imposible salir de la explotación y el subdesarrollo ^a en que se encuentra hoy sometida.

II

¿UNA "VIA ANDALUZA AL SOCIALISMO?"

Hay un primer aspecto del problema del que importaría dejar clara ~~conciencia~~ constancia. Me refiero al dato de que, a medida que se extiende en la conciencia de la población - y no me refiero concretamente a la española, sino a la del mundo occidental en general - la crisis del sistema capitalista, la conciencia de que su estructura es radical e intrínsecamente inmoral e injusta, y la necesidad de cambiar a un nuevo tipo de sociedad - la sociedad socialista- también se hace progresivamente más evidente las dificultades de toda índole que tal empresa entraña. La historia se ha encargado de demostrarnos palpablemente que los hechos no ocurren limpia y rectilineamente; que son muchas las deformaciones y hasta degeneraciones; que son frecuentes las "marcha atrás" que destruyen lo andado. Aquellas ideas simplistas que los "técnicos de la revolución" han venido proporcionándonos una y mil veces se han visto desmentidas por los hechos. La sociedad no se cambia tan fácilmente, y muchas veces, las transformaciones conseguidas, sufren unas impresionantes deformaciones.

Si durante mucho tiempo, incluso después de la Comuna de París (1871) hubo profundas discrepancias sobre la forma de llevar a cabo la transformación socialista -modos y contenidos de esta transformación- bien es verdad que el triunfo de la Revolución Rusa en 1917, tuvo la gran virtud, durante muchos años después, de conferir a la línea marxista-leninista una prioridad y un prestigio inigualables. La línea marxista-leninista vino a confirmarse como la única viable, la única que históricamente había triunfado, y la única que podía volver a triunfar. No vamos a detenernos en las condiciones que la hicieron posible, pero tampoco, en aquellas otras condiciones que la hicieron caer en manos de la burocracia estatal y del partido. Tampoco los ejemplos de China y Cuba fueron absolutamente repetibles. Y no vamos ni siquiera a mencionar aquellos países del Este de Europa, cuya revolución se hizo contando con la presencia activa de los ejércitos soviéticos. Pero aunque no sean condiciones en absoluto superponibles, lo que sí tienen en común todas ellas es su forma violenta, armada, de acceder al poder, y el ropaje ideológico marxista-leninista, en forma de dictadura del proletariado, del que se nutrieron. El resultado es que las únicas formas históricas de transformaciones revolucionarias que aún persisten, lo han hecho a costa de un alto precio, con la ausencia de libertades democráticas, y exponiéndose a deformaciones in-

discutibles que han convertido en poco deseable el modelo conseguido.

Pero además, independientemente de lo poco "modélicos" que sus últimos desarrollos resultan, también es verdad que hoy por hoy, son impracticables en buena parte del planeta, y no digamos en los países desarrollados del occidente europeo. La vía revolucionaria marxista-leninista de acceso al poder por la lucha armada se encuentra en un "impasse", en un callejón sin salida. Desde el triunfo de Fidel Castro en Cuba, y van muchos años (1959) en ningún país se ha ^{alcanzado} ~~conseguido~~ revolución alguna. Los reformismos socialdemocráticos no han conseguido jamás dar el paso cualitativo de romper el sistema. No es, por otra parte, descubrimiento importante si afirmamos que se ha perdido ilusión revolucionaria en el mundo, los ímpetus han disminuido, y una cierta confusión de ideas existe hoy entre los partidos socialistas y comunistas.

Sería estúpida pretensión por nuestra parte, la de pensar que nosotros estamos en condiciones de superar ese "impasse", y nos propusiésemos, nada menos, que ofrecer nuevos caminos. Nuestro proyecto es mucho más modesto, y se limita a unas simples reflexiones sobre el tema, y, concretamente referido al caso de Andalucía.

Ahora bien; la primera aclaración que quisiéramos dejar bien sentada es la siguiente: cuando nosotros hablamos de una "vía andaluza al socialismo" ello no quiere decir que se piense en algo al margen, y mucho menos en contra, a las que los otros pueblos de España coordinadamente sigan; o de la correlación de fuerzas vigente en el mundo. España es un Estado, España es un mercado nacional, llevamos muchos siglos viviendo juntos, estamos en Europa. Queramos o no, tenemos un destino común. Nada más alejado de nuestros proyectos que proponer un camino insolidario y ajeno. Cuando hablamos de "vía andaluza al socialismo" solamente queremos afirmar que, porque Andalucía es una "formación económico-social" bien definida, porque nuestras relaciones de producción son distintas, nuestro nivel de desarrollo es diferente, la correlación de fuerzas es diversa, y nuestra identidad como pueblo es bien definida, todo ello hace que, si queremos partir de un análisis concreto de una realidad concreta, tengamos que plantear nuestra línea de actuación con una cierta independencia del resto de España. Y ello, aunque sólo fuera con la exclusiva finalidad

de darle mayor eficacia. El pueblo andaluz tiene la suficiente especificidad y problemas propios, como para necesitar también soluciones propias. Lo cual nunca podrá conseguirse si no tiene, también, instrumentos políticos con la suficiente independencia como para elaborar, por sí mismos, su propia línea de actuación política.

Y sin embargo, como hemos dicho, también sabemos que, queramos o nó, somos y formamos parte de la correlación de fuerzas que hoy supone, no sólo España, sino también Europa, por lo que nuestro futuro se encuentra indisolublemente unido a cómo "marchen las cosas en ella". Sabemos que es absurdo caminar en la historia marginados de su curso. Y en este contexto, no podemos por menos de considerar muy seriamente la única gran estrategia global de cambio que hoy se nos ofrece con ciertas garantías de realismo: la que se ha dado en llamar "eurocomunismo". Término que entendemos como una vía democrática común al socialismo. Es decir, como la aceptación de la tesis de que ningún partido, por sí sólo, puede ser protagonista exclusivo de la revolución, sino que, para que ésta sea pacífica y democrática, es imprescindible la confluencia de una "nueva formación política", en que se unan todas las fuerzas del trabajo y la cultura, y por supuesto, todos los socialistas y comunistas juntos.

Por otra parte queremos recalcar que cuando nosotros afirmamos que debemos considerar muy seriamente al "eurocomunismo", es porque lo consideramos como una "estrategia global de cambio" en profundidad, cualitativo, y nó como una nueva variedad de reformismo; o como una nueva manifestación de la tendencia socialdemocrática. Y ello, porque aceptamos que las reformas o conquistas que mediante tal estrategia se proponen, no pretenden ser unos finés en sí mismos, sino sólo medios o instrumentos para un objetivo final, que no puede ser otro que la sustitución del capitalismo por el socialismo. En cambio para los "reformistas" o "socialdemócratas" verdaderos tales reformas o mejoras conseguidas se constituyen en fines en sí mismos; pierden su carácter de medios; se esfuma el objetivo final que debiera servirle de guía.

Ahora bien, el "eurocomunismo", tal y como hasta ahora ha sido presentado, es como hemos dicho una estrategia global de cambio, unas líneas generales, maestras, que exigen concreciones múltiples. En

qué consisten esas líneas generales maestras?. A mi modo de ver, se pueden sintetizar en dos.

a) la primera, que no existen leyes generales de la revolución y el socialismo, sino modelos concretos aplicables a situaciones concretas. Por lo que en cada país, cada región, cada "formación social" determinada, se exigen unos planteamientos distintos. De aquí la autonomía o independencia de los propios instrumentos políticos -partidos socialistas y comunistas- para elaborar su propia línea política.

y b) la segunda, que estos caminos, en los países desarrollados de Occidente -incluso es posible el Japon- han de discurrir dentro de unas normas de libertad y democracia, que no sólo no son incompatibles con la revolución y el socialismo, sino que son la mejor garantía para que estos no desvirtuen sus verdaderos objetivos.

El "eurocomunismo", por lo tanto, parte de una idea fundamental: la diversidad de vías posibles para el tránsito al socialismo. Vías nuevas, adaptadas a las realidades concretas de cada país; nosotros diríamos, de cada región o "nación". Por supuesto que siempre que esta nación o región tenga una problemática propia con la suficiente entidad como para poder afirmarse que constituye una "formación social" bien definida. De aquí que, insisto, el "eurocomunismo" implique un rechazo de todo cuanto suponga unas concepciones dogmáticas o catequísticas. Porque así como cada país ha hecho, a su modo, la revolución burguesa: violenta en Francia, pacífica en Suecia, pongamos por caso, también la socialista habrá de ser distinta, necesita ser diferente. No debe perderse de vista que dichas vías están ligadas a las estructuras vigentes, a los condicionamientos internos, a la correlación de fuerzas, a la capacidad de entender la situación, incluso a la presencia y línea política de las fuerzas que intervienen. De lo que no ha hecho dejación el "eurocomunismo", porque es una noción substancial e insustituible, es a la necesidad de que el poder del Estado pase a manos de las clases trabajadoras, como premisa previa de toda posibilidad de transformación social revolucionaria.

Así, pues, una "via andaluza al socialismo" sólo será posible si se inserta históricamente en la dinámica actual del mundo; pero una "via andaluza al socialismo" tiene su razón de ser, precisamente, en cuanto aplicación práctica y efectiva de que el "análisis concreto" de las realidades concretas, es algo más que un principio teórico. Si esto es así, merece la pena que reflexionemos sobre ella.

III

ALUMNOS DE LA HISTORIA.

En toda estrategia global de cambio" -en toda via al socialismo- deben abordarse ~~debe plantearse~~ ~~fundamentalmente~~ ~~en~~ tres puntos importantísimos que son como las claves de bóveda de cualquier posible transformación revolucionaria: Serian estos:

- a) cuales son y cómo se crean las condiciones para la transformación revolucionaria.
- b) de ~~que~~ qué forma se consigue la toma del poder por las clases trabajadoras.
- c) cómo se defiende y mantiene este poder para construir la sociedad socialista.

Por supuesto que si tuviésemos en nuestras manos las respuestas exactas y correctas a estas tres preguntas, estaríamos en posesión de las llaves de la revolución. Pero las cosas no son tan fáciles.

Ante todo, debiéramos tener muy en cuenta aquellos principios que son como la sedimentación teórica de toda la experiencia suministrada por la historia. Estos principios giran en torno a dos ejes:

1. Análisis de la realidad, condiciones objetivas; análisis de la coyuntura política, de las contradicciones dominantes en aquel momento histórico.

2. Acciones posibles sobre esa realidad. Acciones voluntaristas; acciones reformistas o simplemente oportunistas; acciones verdaderamente transformadoras.

Nos encontramos, pues, con una relación dialéctica entre la realidad y la forma de acción que se ejerce sobre ella. La segunda modifica la primera, con tal de que se ajuste realísimamente a sus condicionamientos objetivos. Veamos.

Siempre se ha hablado de las famosas "condiciones objetivas", y por supuesto, nadie niega que sean imprescindibles. No tenerlas en cuenta sería un "aventurerismo ingenuo", cuando no un suicidio imbecil. Y sin embargo, también es verdad que no podemos esperar pacientemente a que ellas se produzcan, a que la inevitabilidad histórica tenga lugar, y mientras tanto, permanezcamos impotentes por inmovilizados, incapaces de toda creación histórica.

Otro problema sería el de saber quienes definen el momento en que tales condiciones objetivas existen. Porque, ¿se trata de un carisma de ciertos partidos políticos? Aparte de que lo que entonces puede

ocurrir es que en cambio lo que no se den sean las condiciones subjetivas, o sea, el suficiente grado de conciencia entre las masas. Como dijo Fischer, si nos entretenos en confirmar estas certezas, "siempre dejaremos escapar la hora favorable, si esperamos a la más favorable".

Esta, como otras muchas contradicciones, se hallan presentes en toda situación que se analice. Pero la única forma de correctamente superarlas, es mediante la acción; siempre que se tenga en cuenta dos condiciones que deben siempre acompañar a esta acción. Una, que el análisis que se haga de la situación sea lo más concreto posible; y otra, que se acepte y utilice de una forma radicalmente dialéctica. Es sobre todo en esta utilización dialéctica donde más frecuentemente se falla. Para Gramsci, lo importante en el análisis de toda situación es tomar conciencia de que las relaciones histórico-sociales que la configuran, hay siempre dos vertientes fundamentales: una, es su aspecto "necesario", es decir, condicionante; y otra, su aspecto voluntario, que actúa para transformar el primero. No se trata, por lo tanto, de escoger o decidirse por uno u otro de los términos de una contradicción, sino de actuar, dialécticamente, con uno u otro término simultáneamente. Como insiste Gramsci, se trata no sólo de la conciencia plena de las contradicciones, "sino que hay que colocarse a sí mismo como elemento de la contradicción, elevar este principio a conocimiento y, por lo tanto, de acción" (El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. pag. 99). O como dice Marcuse: "Los portadores sociales de la transformación no se forman sino en el proceso mismo transformador, y no es posible contar siempre con la afortunada y relativamente fácil situación de que las fuerzas revolucionarias en cuestión estén, por decirlo así, ready-made a disposición en el momento en que empieza el movimiento revolucionario". (El final de la utopía, pag. 10).

Todas estas consideraciones teóricas son importantes si las aplicamos al caso concreto de Andalucía. Porque el hecho evidenciado en las pasadas elecciones del 15 de Junio 77, de que la única opción claramente andaluza, absolutamente autóctona e independiente, se haya quedado sin representación parlamentaria, pone manifiesto, dialécticamente, con más perentoriedad que nunca, la necesidad objetiva de un partido de la clase trabajadora andaluza, como instrumento político al servicio de sus intereses. Es

decir, un fracaso electoral, paradójicamente, pero muy dialécticamente sin embargo, ha supuesto poner de manifiesto con absoluta claridad aquella necesidad objetiva que estaba ya latente en nuestro pueblo. Y ahora, en el momento en que va a plantearse el problema de las autonomías, cuando otros pueblos del Estado español comienzan a hacer oír su voz e imponer sus condiciones, es precisamente cuando, objetivamente se hecha más de menos la existencia de una fuerza política propia, no sometida a la burocracia interna de los grandes partidos estatales, por muy socialistas que sean. La política tiene sus propias leyes. Y no tiene nada de raro, pues, que sea en el fracaso cuando dialécticamente se ponga más de manifiesto la "razón de ser" de un Partido. Como es a veces, en un triunfo prematuro, cuando más se ponen en evidencia las insuficiencias o ambigüedades que puedan tener otras fuerzas políticas.

En definitiva, lo que quisiera afirmar es que el fundamento de toda acción política -aquello que la hace correcta, seriamente transformadora- es que sepa ser, en cada coyuntura política, lo suficientemente dialéctica. Insisto: saber reaccionar adecuadamente a las necesidades del momento, en cuanto éstas son sucesivas - e incluso, a veces, simultáneamente, contradictorias. Como dijo Che Guevara, "la revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la necesidad histórica, y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aún sin conocer la teoría". Y ello es labor de cada día; ello es saber adaptarse al curso cambiante de las situaciones.

Nuestro país se encuentra en una coyuntura política nueva, entendiendo por tal, el momento actual -la síntesis de contradicciones- en que la lucha de clases se encuentra en este periodo posfranquista. Y en Andalucía concretamente, como "formación social" propia con su sistema de contradicciones que le es característico, se puede encontrar hoy en un momento crucial de su historia. No sólo por la agudización de dichas contradicciones, sino porque, pese a estas ha de hacer frente al reto que suponen unas autonomías conquistadas por otros pueblos del Estado español, frente a la posiblemente otorgada - y, como tal aguada, puramente administrativa o tecnocrática- que se nos vá a ofrecer. En tanto no existan unas fuerzas políticas independientes, jamás podrá considerarse como tal. Existe una evidente y gran contradicción, entre autonomía posible, y la carencia de unas fuerzas políticas fuertes capaces de no sólo conquistarla sino también ^{de} mantenerla y hacerla real. El artículo de

Iniesta en "El País" (16. ^{Julio} ~~Agosto~~.77) lo ha claramente evidenciado. El de Acosta en "Triunfo" (nº 760. 20. Agosto77) lo confirma.

Esta es la coyuntura real, las contradicciones que tenemos delante. Ante ella no caben actitudes abiertamente voluntaristas, así como otras oportunistas, reformistas o revisionistas. Permitásenos, no obstante al respecto, unas cuantas consideraciones generales.

Como es sabido, las actitudes claramente voluntaristas suelen darse en aquellos "cuadros" muy preparados y activistas. Y pueden caer en lo que se han dado en llamar las "deformaciones blanquistas". Son los riesgos de aquellos grupos que pudiéramos calificar como afectados de un "ultraleninismo orgnizativo", y que forman pequeñas organizaciones que al estar movidas fundamentalmente por estímulos voluntaristas, sufren el terrible peligro de alejarse de la realidad, caer en el sectarismo, separarse y no insertarse en las masas. Serían como unos "alquimistas de la revolución" o de la "autonomía" que confunden la realidad con sus deseos. Y esto, de ningún modo creemos ser.

Pero no obstante, tampoco ello quiere decir que ^{aquellos} en el fondo, no posean una buena dosis de verdad. Las condiciones objetivas, como ya hemos dicho, no puede esperarse a que vengan como caídas del cielo. Las condiciones objetivas hay que propiciarlas y crearlas. A veces, si estos pequeños grupos bien organizados son lo suficientemente realistas y conscientes, si saben insertarse en las situaciones existentes, si por sus acciones saben convertirse en "focos iluminadores de conciencia" -pensemos en el papel, en este sentido, del foco guerrillero, según las tesis de Che Guevara- su importancia puede ser verdaderamente grande. En definitiva, entonces estos grupos pueden ayudar a crear las condiciones.

También es aleccionadora en este sentido la significación del partido de Lenin en la revolución Rusa. Como ha dicho Ernst Fischer "la revolución de 1917 constituyó la prueba convincente de que siempre será posible trastocar el mundo merced a la habilidad y la energía revolucionarios". Y en otro apartado afirma el mismo autor: "Aun cuando las masas, sus destino económico y su acción política revolucionen la sociedad y hagan que llegue a penetrar lo nuevo, hay siempre una minoría de la que procede la visión de lo nuevo, el impulso y el ejemplo".

La gran aportación de Lenin en este sentido fué que un partido disciplinadamente organizado es necesario, no sólo para crear las condiciones, sino para dirigir y organizar el poder revolucionario. Esto no quiere decir que, efectivamente, durante el proceso revolucionario ruso, desde Febrero a Octubre de 1917, el partido bolchevique que no fuese muchas veces a la zaga de los acontecimientos, y se viese desbordado repetidamente por las masas. Pero supo en todo momento, y dialécticamente, gracias al genio de Lenin, darse cuenta de ello a tiempo, e incorporarse a una acción realistamente insertada. Lo que define, en última instancia, a toda vanguardia política, es que no deje, en todo momento, de estar conectada con las masas, no desinsertarse de las mismas, y en consecuencia, no aislarse, marginarse, sino por el contrario, en cualquier acción, sentirse reapaldada y apoyada por aquellas. Esta es una regla política que es fundamental y decisiva. Por muy minoritariamente que se actúe, hay que hacerlo estrechamente ligado a la conciencia e intereses de la masa.

En lo que a nosotros se refiere -un Partido de clase trabajadora andaluza- no es que pensemos en la necesidad de un partido ferreamente organizado, dadas las actuales circunstancias en que nos desenvolvemos. Lo que preconizamos es la necesidad de un mínimo de cohesión, de disciplina, de voluntarismo responsable, como para poder incidir y cambiar las condiciones a nuestro favor cuando así sea posible. No caer en el sectarismo, pero tampoco en el espontaneísmo inoperante. Y sobre todo, no desligarse de las masas.

Por otra parte -y esta es otra consideración teórica que importa recalcar- hay una postura tan posesiva, tan abierta y tan excesivamente realista, que puede caer por el contrario en la deformación reformista o revisionista. Es una línea que, en general, peca por exceso de realismo oportunista; se adapta y limita tanto sus aspiraciones, que termina, mal que le pese, insertándose y haciendo le el juego al sistema capitalista.

Para que esta línea adquiriera prevalencia han de darse unas serie de circunstancias. Entre otras, a) un cierto grado de desilusión en las masas, ante la revolución prometida que nunca llega. b) que se prefieran, pues, unas cuantas conquistas inmediatas y concretas, antes que aquellas otras que, por ideales, son lejanas e hipotéticas. c) que también estas reivindicaciones inmediatas exijan

evidentemente, menos sacrificios, menos esfuerzos, menos riesgos, que lanzarse a objetivos más generales, y d) que el propio modelo socialista que ofrecen los países del Este, haya dejado de ser una alternativa lo suficientemente válida y atractiva. El resultado es que sus organizaciones sindicales y políticas se dejan fácilmente embaucar en unas reivindicaciones inmediatas, limitadas que obstruyen la percepción de lo que son los verdaderos intereses generales de los trabajadores.

En este sentido, no debe perderse de vista que el hecho de participar, aunque suponga realizar una política más dinámica, implica también, en cierto modo, una integración en el sistema político capitalista. Nadie niega que quedarse fuera de juego tiene el riesgo de aislarse, marginarse, perder oportunidades de actuar e influir en las masas; pero también es verdad que entrar en el mismo entraña el peligro de poder quedarse atrapado en él. En política nada hay absolutamente bueno, o absolutamente malo. Cuando un movimiento revolucionario se convierte en un partido de electores, de escaños numerosos en el Congreso, de maniobras parlamentarias, se encuentra al borde de integrarse con todas sus consecuencias en el sistema capitalista. Todo lo más, es seguir ostentando la representación de los intereses inmediatos de los trabajadores en el sistema burgués-capitalista. Pero lo más probable es que se convierta en un partido sin bríos, sin garra, sin fuerza revolucionaria para hacerse con el Poder y transformar el aparato del Estado. Por otra parte, está expuesto a los vaivenes de lo que, en definitiva, es un partido de opinión, un partido de votos: que en un momento determinado, ante tal o cual coyuntura, rápidamente se desinfla, o bien rápidamente se le extermine. El ejemplo de los grandes partidos (socialdemócratas alemanes de 1921), partidos de izquierdas griegos antes del Golpe de los Coroneles, la "unidad popular" en Chile) es sumamente demostrativo en este sentido: fueron desbaratados y se extinguieron de la noche a la mañana.

En este contexto es evidente que el "eurocomunismo" de nuestros días ~~tiene~~ ^{recuerda} una cierta tradición histórica "revisionista", aunque también es verdad que las condiciones objetivas han cambiado. Parte de la línea que, desde los primeros tiempos del marxismo, esperaba que la evolución de la industrialización produciría un

proletariado con conciencia de clase que crecería progresivamente en fuerza, hasta que llegase el momento de asumir el poder en una sociedad ya políticamente madura mediante una democracia avanzada. No puede negarse que sea ésta la línea del "revisionismo" de Eduard Bernstein, y de todos los partidos socialdemócratas europeos. Y sin embargo, también es cierto, -injusto- que las condiciones objetivas a nivel europeo son hoy distintas. Tal y como hoy se plantea el eurocomunismo de Carrillo, sería trasposición simplista ésta de calificarlo, sin más, como desviación socialdemocrática. El tema hay que enfocarlo mucho más seriamente, a la luz de las concretas realidades actuales, que no son en absoluto parecidas a las que existían en tiempos de Bernstein. Aparte de que se es plenamente consciente de los peligros que entraña. La historia debe servir para algo.

La consecuencia que, para terminar este capítulo, debiéramos sacar de todas las anteriores consideraciones, es que sería fatua pretensión por nuestra parte, esta de trazar ahora teóricamente, a priori lo que podría ser en su día la "via andaluza al socialismo". Como hemos señalado, todos los esquemas previos que se hagan sobre la forma de hacerse y desarrollarse una revolución, resultan después en terreno de la práctica, manifiestamente insuficientes, y por consiguiente, podrá afirmarse que las teorías resultan siempre reformadas por los hechos. De este modo, la revolución rusa contradujo alguna de las principales hipótesis de Marx. Es curioso que ya Gramsci hablara de la "revolución contra el Capital", refiriéndose a la revolución de Octubre en Rusia, y dijera taxativamente que los bolcheviques renegaban de Marx. Más tarde, la construcción del socialismo en un sólo país, titánica pretensión de Stalin, contradujo en buena parte las hipótesis de Lenin. Igualmente la revolución Cubana, sin previa teoría, sin condiciones objetivas, sin base ideológica por adelantado, supuso una quiebra en todos los supuestos que hasta entonces se tenían sobre el curso de una revolución. Y si todo esto así, sería vana pretensión por nuestra parte la de no reconocer a priori que vamos a equivocarnos.

Pero una teoría, aunque no se cumpla en los hechos, actúa y dialécticamente; pone en marcha nuevos factores, moviliza otros. De aquí su virtualidad creadora; de aquí la necesidad de elaborarla, aunque luego después no se cumpla exactamente en la práctica. De aquí el hecho, con todas sus limitaciones y muchas insuficiencias que nos atrevamos a hablar ahora de "una via andaluza al socialismo".

IV.

FACTORES DETERMINANTES DEL NUEVO "REGIONALISMO ANDALUZ"

Hablar hoy de liberación del pueblo andaluz -o incluso, de una supuesta "via andaluza al socialismo" -lleva consigo, ineludiblemente, que nos encontremos de frente con el tema del regionalismo. Y sin embargo, hablar hoy de regionalismo, un término en boca de todos, entraña una evidente ambigüedad, puesto que no se trata de un concepto unívoco. El regionalismo, según las épocas, según a qué pueblo se aplique y, sobre todo, por qué clases es utilizado, tiene una muy diferente significación ideológica. Y lo importante en las significaciones ideológicas es saber, en última instancia, a qué intereses sirven. Es decir, si sirven a los intereses de las clases explotadoras, como un instrumento más de dominación, o por el contrario, pueden ser útiles a las clases dominantes como un arma más en la lucha por su liberación. Conviene que las cosas queden claras desde el principio. El tema del regionalismo -como tema político que es- hay que situarlo desde el primer momento en la dinámica de la lucha de clases; que no es "guerra de clases", ni odio entre ellas, sino contradicción objetiva de intereses.

Esta contradicción de intereses se manifiesta en todos los terrenos, y encuentra su correspondiente correlato en el campo ideológico, por mucho que este se proponga -en la ideología burguesa -paliar el asunto, camuflarlo, intentar superarlo mediante curiosísimas síntesis, datos estadísticos o análisis sociológicos. Incluso, si es preciso, echando mano de la religión.

A partir de esta constatación el tema del regionalismo, como problema ideológico, como frente político, hay que situarlo en este marco: en el marco político de la lucha de clases. Y es precisamente en este marco, donde nuestros planteamientos regionalistas adquieren su verdadero significado. ¿Por qué?. Porque hemos constatado que en las regiones subdesarrolladas -y concretamente, por lo tanto, en Andalucía- los planteamientos "regionalistas" coinciden plenamente con los intereses de las clases trabajadoras. Y en cambio no le sirven -a no ser para arrebatarse banderas, confundir o distraer al pueblo - a las burguesías autóctonas. Con lo cual podemos afirmar que el nuevo regionalismo andaluz, aquel que

nosotros propugnamos, puede y debe convertirse en un instrumento muy valioso en manos de la clase trabajadora para avanzar en el camino de su liberación.

A esta conclusión hemos llegado después de una reflexión crítica en la que han influido toda una serie de nuevos factores, o por mejor decir, todo un conjunto de condicionamientos históricos. No es el de menor importancia el que ha supuesto el modelo de desarrollo capitalista-franquista que ha experimentado nuestro país y que exacerbó las diferencias entre regiones pobres y regiones ricas. También pesan aquellos cambios socio-culturales que se están produciendo en la coyuntura política del mundo contemporáneo.

Algunos de estos factores -aquellos que más directamente están incidiendo en nuestra forma de plantear el problema, -son los que nos vamos a permitir señalar, siquiera sea someramente:

Serían los siguientes:

- a) conciencia de pueblo, por encima o más allá de los conceptos ambiguos de "nación" o "región".
- b) conciencia de dependencia económica o "colonialismo interior".
- c) conciencia de que la lucha de clases pasa por la región.
- d) conciencia de "revolución cultural", antitecnocrática, autogestionaria, en el camino de la liberación del hombre.

a) La realidad de los pueblos frente a la ambigüedad de los conceptos abstractos.

Estamos comenzando a darnos cuenta, de esas realidades que son los pueblos, por encima o al margen de unas divisiones territoriales que son, la mayoría de las veces, profunda y radicalmente arbitrarias. El pueblo vasco, el pueblo catalán, el pueblo andaluz, el gallego, aragonés, etc. son realidades bio-culturales, re-alias históricas, formaciones sociales, con la suficiente entidad como para tener especificidad propia. Y mientras los Estados, o las regiones son, como hemos dicho, creaciones artificiales, patrocinadas por los órganos de poder al servicio de las clases dominantes -es decir, son superestructuras- los pueblos están ahí, en la base misma de la sociedad humana, constituyendo parte de su infraestructura. No es por casualidad que el 4 de Julio de 1976, personalidades como el senador Lelio Basso, el profesor Francois Rigaux de la Universidad de Lovaina, la viuda del Presidente Allende, Leo Matarasso, etc. y muchos representantes de los movimientos

Liberación, se han reunido en Argel, y a título personal, han firmado la "Declaración universal de los derechos de los Pueblos". Esto es significativo. El derecho de los pueblos es algo que se está descubriendo; que está saliendo a la luz de la conciencia. El pueblo es una comunidad humana que se distingue por diferencias suficientemente cualitativas con respecto a otras comunidades humanas.

Ahora bien; el pueblo es el conjunto de una población en cuanto que, como tal, suele estar sometido tradicional e históricamente al dominio de una minoría. Por lo que sólo se reconoce a sí mismo, toma conciencia de su identidad, en la medida en que lo hace como afirmación de unos derechos, de una personalidad, que necesita no sólo defender, sino también imponer. En la historia todo es dialéctico, y un pueblo sólo "se hace" a sí mismo, cuando intenta imponer sus derechos frente a la minoría que le domina, somete y hasta explota. Se trata de aquel conjunto de derechos colectivos que deben ser muy clara y conjuntamente reivindicados. E insisto, sólo entonces, en la lucha política, cultural y social por conseguirlos, el pueblo encuentra su razón de ser, su propia identidad. Algunos de estos derechos son tan elementales, tan inalienables, como los siguientes: El derecho a vivir en nuestro propio territorio (que los andaluces, por ejemplo, estamos muy lejos de poseer). El derecho a disponer de nuestros propios recursos. El derecho a decidir de nuestros ahorros. El derecho a disfrutar de los beneficios de nuestro trabajo. El derecho a tener nuestra propia cultura. El derecho a que no se nos destruya nuestro propio "medio ambiente".

En definitiva, mejor que "nación" o "región" (nación andaluza, región andaluza, conceptos teóricos) nosotros preferimos hablar de pueblo andaluz, como algo más real y concreto. Ya que, como hemos dicho, aquellos de "región" o "nación" son conceptos que por otra parte están mal definidos, y no existe univocidad de criterios para distinguir uno de otro. Es decir, no sabemos si es sólo cuestión de lengua, de historia común, de geografía bien definida, o, como dicen los más, todo radica en tener un elevado grado de "conciencia de identidad". En este último caso sólo existiría "nación" cuando sus habitantes tienen un determinado grado de conciencia de tal. cual no deja de ser un factor nuevamente subjetivo, con muy escasos fundamentos científicos. La realidad, sin embargo, -volvemos a insistir- es que ambos conceptos son ideología, y por lo tanto, su única razón de ser es la que se deriva de que sean o no utilizados como instrumentos políticos al servicio de unos intereses de clase casi siempre de la burguesía, que los ha manejado ampliamente a su

servicio.

En nuestro caso, Andalucía, es evidente que el tema adquiere ciertos caracteres que le especifican. Nadie niega que, en términos generales, la lengua sea realmente un factor diferencial import-ante. Tan importante, que por sí sola pueda a veces ser determinante para que exista una conciencia de identidad. Y en este aspecto hay que reconocer que, por lo que a nosotros respecta, no existe hoy por hoy una lengua andaluza. Existe sólo una lengua castellana que, con ciertas ~~variaciones~~ pero escasas variantes, fué aceptada. Lo que tampoco supone que esta lengua nueva, esta lengua adoptada tras la conquista castellana, por sí sólo haya cambiado nuestra específica forma de ser. Posiblemente algunos rasgos de los antiguos tartesios aún sigan persistiendo en nuestro pueblo andaluz.

Tampoco tenemos una etnia muy definida porque las mezclas han sido muchas. Y sin embargo, la Bética, solar de tartesios, fué reconocida con personalidad propia por cartagineses y romanos, después por los godos, más tarde por los árabes. Y aunque estuvo dividida durante muchos años entre árabes y cristianos (hay dos siglos y medio entre Fernando III (1236) hasta que los Reyes Católicos pactan con Granada (1492) siempre se vió en ella a la antigua Bética, reconociéndosele su personalidad. Andalucía llevó 730 años mandada por romanos y visigodos, y 780 más, dominada por los árabes. Pero hay elementos antropológicos de una raza aborigen que llega siempre a fundirse con los dominadores. Porque lo que evidentemente existe -y esto es fundamental- son unos factores bio-culturales condicionantes: geográficos, climáticos, formas de vida; ciertos usos primarios y formas culturales elementales, incluso determinadas formas de organización social. Hay multitud de fenómenos típicamente andaluces. Evidentemente pues, que existe una conciencia aunque mal formulada, del propio existir. Y sobre todo, existe un pueblo andaluz, aunque en buena parte se encuentre en Cataluña o Alemania. "Andalucía es una comunidad histórica y psicológicamente diferenciada que tiene usos y costumbres propios que expresan un modo propio de vivir y convivir", ha dicho el Prof. Tierno Galván, en el prólogo a la reedición de El Ideal Andaluz", de Blas Infante.

Ahora bien; es cierto que la conciencia de pueblo es un fenómeno difuso y difícilmente objetivable. Ante momentos duros y

conflictivos, la existencia de unas minorías clarividentes es necesaria para la formación de una conciencia de pueblo. Pero no es suficiente. Y sin embargo, si como dice Santamaría, la nación primaria es fundamentalmente una comunidad humana generadora de hombres de un determinado tipo ("Asunto al centralismo". pag.54.Edit.Avanca) es manifiesto que Andalucía es tal. El andaluz sería un pueblo primario, fundado en razones bio-culturales; pero no sería un pueblo ya secundario, es decir, un pueblo que haya elaborado sus propias razones políticas, jurídicas e ideológicas. Lo que quiere decir que aunque nuestro pueblo exista como tal, no ha realizado el necesario proceso de "auto-ideologización" como para convertirse en una unidad construida con principios, ideas, interpretaciones más o menos tradicionales de su historia. Lo que no deja de tener sus ventajas y sus purezas. Porque cuando los pueblos "primarios" se ideologizan, hasta el extremo de "jacobinizarse", o lo que es lo mismo, tratan de convertirse en Estados-naciones, bordean el riesgo de alienarse, por cuanto pueden caer en la trampa de estar sirviendo así, a los intereses más concretos de las clases dominantes. Lo importante siempre en estos casos es estar bien despiertos para saber, en cada momento y bajo tal o cual ideología, a qué intereses sirve: si a los del pueblo, o a los de las clases dominantes.

De aquí que lo importante sea, para nuestro pueblo andaluz- como para cualquier otro pueblo subdesarrollado- que al mismo tiempo que recobre su conciencia de identidad -por muy disperso que ande por el mundo- se percate correctamente de la índole de sus necesidades objetivas, y se dé cuenta de que para hacer frente a estas, buscarle solución, resulta imprescindible tener un proyecto político de acción. Y esto es precisamente el poder regional, poder popular, y en nuestro caso poder andaluz: no otra cosa que un proyecto político de acción al servicio de las clases trabajadoras propias, y en contra de unos intereses burgueses que en modo alguno pueden ser "regionalizados".

Con todo esto lo que queremos decir que al pueblo andaluz no hay que verlo como el pueblo anterior a la colonización castellana, colonización de señores feudales y órdenes religiosas. El pueblo andaluz hay que verlo como comunidad actual, con su presente personalidad, formada en el crisol de unas tan complejas situaciones conflictivas que abarcan incluso al campo de la etnia. El pueblo andaluz hay que

verlo en su actual realidad, como poseedor de unas formas culturales propias, unos problemas peculiares, y unas soluciones también específicas que hay que propiciar. El pueblo andaluz no existe limitado a unas muy concretas fronteras, sino que vive también en Cataluña, Alemania y hasta Holanda. Hay un pueblo andaluz de la diáspora que es tan nuestro como lo somos aquellos a los que nos ha sido permitido quedarnos aquí. Y para todo él, como proyecto que le conciencie, y como instrumento político que haga valer sus necesidades y buscar sus correctas soluciones, se hace imprescindible la existencia de un poder propio, un poder del pueblo, un poder andaluz.

En definitiva, la importante aseveración que quisiera dejar sentada, es que esta conciencia de pueblo, esta realidad de los distintos pueblos, se impone como algo más radical y primario que la mera existencia de unas unidades administrativas y políticas como puedan ser las tradicionales "regiones" o "naciones" geográficas. Los andaluces somos un pueblo pobre y explotado, y esto es lo que nos diferencia más que nada. Un pueblo, pese a todo, dotado de "la facultad de sobrevivir y convivir con alegría". Así lo vio Blas Infante. Un pueblo que, además, a partir de ahora, ha de aprender a imponer sus derechos, que es tanto como empezar a liberarse.

b) Conciencia de "dependencia económica" o "colonialismo interior".

Existe un segundo factor --al que ya he hecho anterior referencia-- y cuya influencia es también determinante en la conciencia que hoy tenemos los pueblos subdesarrollados del problema regional. Me refiero a la nueva evidencia, cada día más clara, de que el sistema capitalista, en virtud de sus propios mecanismos de funcionamiento, exige la existencia de zonas subdesarrolladas para tener su crecimiento. El capitalismo es un sistema único, mundial en el que una parte, para desarrollarse, necesita de otras, dependientes, marginadas, a las cuales explotar. La dependencia se manifiesta en todo: en la extracción de recursos, en los intercambios, en el consumo, incluso en el folklore (adulterado de cara al extranjero). Como ha dicho el Prof. Sampedro --en frase quizá un poco barata pero real-- en el capitalismo se da una "articulación de dependencias diversas y encadenadas en una interdependencia estructural".

La realidad es que siempre existe un centro desarrollado, y una periferia dependiente, marginada, subdesarrollada.

En nuestro caso concreto de Andalucía los datos son muy demostrativos. En el recientemente celebrado Congreso de Historia de Andalucía, Morilla Critz y el Prof. Sampedro, así como Alburquerque y Ramos, aplicando las ideas de Samir Amin y Gunder Frank al caso andaluz, han demostrado palpablemente cómo Andalucía es colonia interna de un país capitalista que es España, a su vez inserta en un sistema capitalista mundial, que jamás tuvo fronteras. A estos estudios me remito. El subdesarrollo no es sino la otra cara del desarrollo. No se debe a la carencia de una burguesía emprendedora - como algunos han querido hacernos creer - sino a las características de unas relaciones de producción establecidas - regionales, nacionales e internacionales - que obligan, sin paliativos, a que una región sea dependiente y esté subdesarrollada. La burguesía dominante de un país o región subdesarrollada se constituye, inevitablemente, en una dependencia cómplice, asociada, para hacer más eficaz y explotadora, la extracción que ejerce el capitalismo exterior.

La consecuencia lógica que se deduce de este análisis es la siguiente: si el mecanismo capitalista obliga a Andalucía - en todos sus aspectos, incluso el cultural - a ser subdesarrollada y dependiente, hasta expoliada - la única salida posible para salir de esta situación estructural es procurarse unas nuevas relaciones de producción que sean entonces socialistas, montadas sobre unos supuestos distintos a los del interés privado, el lucro como motor, la explotación del hombre por el hombre, y la dependencia de unos centros económicos respecto a otros más desarrollados. Lo que quiere decir que los intereses de Andalucía como tal, los intereses generales de nuestro pueblo en su conjunto, coinciden de una forma total y casi absoluta con los intereses más particulares de las clases trabajadoras andaluzas. De aquí que consideremos que no se puede ser verdaderamente andaluz - defender los intereses de nuestro pueblo - sin ser al mismo tiempo socialista; y que no se puede ser verdadero socialista en Andalucía, sin ser profunda y radicalmente andalucista. Para nosotros, por lo tanto, habría de unirse estrechamente la lucha por la identidad andaluza, con la lucha por el socialismo. Esta es la base de nuestros planteamientos. Como debe ser también la base - creemos - de todos los planteamientos en países y regiones subdesarrolladas.

Bajo estos supuestos, es evidente que la cuestión "regional" o "nacional" no se puede enfocar desde la misma óptica en el capitalismo central, desarrollado, que en el capitalismo periférico, dominado, dependiente, como es el nuestro. La burguesía en nuestro capitalismo subdesarrollado y dependiente es "arregional", casi apátrida, por mucho que a veces haga gala de una exacerbada retórica patrioter para engañar y autoengañarse. En realidad, la irrupción del capitalismo externo siempre le ha beneficiado y sigue beneficiando. Se trata de burguesías eminentemente mercantiles o comerciales, muy ligadas a las necesidades de una economía dependiente, por lo que invierten en Bancos, transportes, agencias, inmobiliarias, sucursales de comercialización de productos, etc. pero en absoluto, objetivamente, le convienen las industrias realmente productivas. Esto quiere decir que nuestra burguesía comercial, y nuestra burguesía terrateniente, han estado siempre, y continúan estando, interesadas en mantener unas estructuras dependientes en las que se encuentran incluidas. Nuestra burguesía dominante no podrá nunca asumir como suyo el "regionalismo". En cambio, las clases trabajadoras de estas "regiones" o "naciones" subdesarrolladas -y en nuestro caso, Andalucía- necesitan ser esencialmente "regionalistas" para hacer valer sus intereses de pueblo. Necesitan asumir y hacer suyo el "regionalismo".

Hay algo, pues, que debe quedar lo suficientemente claro: a la clase que verdaderamente le interesa la reconstrucción de una especificidad "nacional" o "regional" en las zonas subdesarrolladas es al proletariado. Como dice Samir Amin, "en esta óptica el nacionalismo ya no aparece como la ideología de la burguesía local (que no es nacionalista) en oposición al internacionalismo proletario, sino como una de las caras de la ideología de la liberación, al mismo tiempo socialista y nacionalista". O como dice Alburquerque, "la reivindicación nacional en la periferia tiene un carácter eminentemente antiburgués". Porque si lo que importa es construir en la región o nación un nuevo modelo de desarrollo, autónomo y autoconcentrado, en esto, evidentemente, la burguesía dominante no está en modo alguno interesada.

En definitiva, poder regional, identidad andaluza, conciencia de pueblo que lucha por su liberación, son postulados inevitables que hoy tiene que hacer suyos la clase trabajadora, como un

frente más de lucha, probablemente el más temible para las burguesías autóctonas. Y lo creemos así, porque a estas alturas del sistema capitalista, manteniendo la lucha sólo a nivel de lucha sindical, o lucha política electoral o parlamentaria, se corre riesgo de agotar ésta, en el sentido de que pueda ser fácilmente fagocitada por el propio sistema. Por lo que sin dejar desguarnecido este terreno tradicional de enfrentamiento, hay que plantear otros nuevos, añadidos, que complementen y den nuevo vigor a la lucha. Hoy y siempre, la práctica de la lucha de clases, en sus aspectos más avanzados, supone -y ha supuesto- un acto teórico, un proceso de reflexión y crítica, para poder seguir avanzando de una forma mucho más consciente y más madura, en la acción emancipadora que la clase trabajadora tiene emprendida.

De aquí que cuando se habla de autonomía, de poder regional, ello no signifique que se tengan otros intereses propios, distintos a los intereses generales de la clase trabajadora, o a los de otros partidos de clase. Significa solamente que, además de estar unidos a ellos en aquellas intereses inmediatos, en todas aquellas reivindicaciones concretas del movimiento obrero, que vamos dotar a este de unas perspectivas nuevas, generales, unos planteamientos que le proporcionen un más seguro futuro, una mayor efectividad en la lucha. Poder regional - poder andaluz - no es, pues, sino una nueva y más actual dimensión de la misma lucha. Y no es sólo lucha política, sino también, lucha cultural, lucha social, lucha por la identidad de nuestro pueblo, en cuanto que consideramos que todo ello se encuentra entrelazado para constituir un sólo y único frente de lucha por parte de la clase trabajadora.

ⓐ) Conciencia de que la lucha de clases pasa por la región.

Hay otro aspecto del problema que a nosotros importaría tener muy en cuenta. Me refiero al hecho, de que desde el momento en que Andalucía tiene una problemática propia, un nivel de fuerzas productivo distinto, unas relaciones de producción diferentes, unas contradicciones nuevas, y una correlación de fuerzas con ciertas características que son específicas, se impone casi la necesidad de plantear la lucha de clases a nivel regional.

El tema lo he desarrollado en otro lugar (véase "Regionalismo y lucha de clases". Edit. Univ. de Granada) por lo que no voy a extenderme en él. Pero sí insistir, por ejemplo, en que las características del proletariado andaluz son distintas a las del vasco catalán, pongamos por caso; o que la burguesía de estas regiones también es, por supuesto, distinta a la nuestra. El movimiento obrero en Andalucía ha tenido su propia historia, sus propios métodos, sus específicos errores y, sobre todo, su muy concreta problemática no resuelta. La represión de las clases dominantes también ha contado con sus muy peculiares durezas. A esto se añade que los problemas que hoy tiene planteados la región exigen un enfoque a la lucha política, a la ideológica, incluso a la económica, desde unos presupuestos que deben ser distintos a los de otras regiones. En definitiva, insistimos, con el nuevo regionalismo no se pretende acallar u ocultar la realidad cruel de la lucha de clases, sino precisamente, y muy al contrario, se intenta dotar a esta de nuevas posibilidades para las clases trabajadoras. De aquí que plantear la lucha de clases a nivel regional pueda suponer:

a) facilitar al pueblo la toma de una conciencia de clase, es decir, creemos que un regionalismo de clase puede suponer un factor concienciador en la dinámica política del trabajador andaluz.

b) afrontar abiertamente aquella serie de problemas y necesidades que son propias de nuestra región. Por ejemplo, en nuestro caso de Andalucía, el tremendo problema que representa la gran emigración, el tema de los eventuales del campo a causa de los monocultivos, el desbarajuste turístico de la Costa del Sol, el tema de los trabajadores en los enclaves industriales colonizados de nuestra zona, son algunos de los muy serios problemas que sólo pueden afrontarse desde una óptica y perspectivas andaluzas, por supuesto distintas a como se ven desde otras regiones.

Con todo esto lo que quisiera afirmar, es que nuestro regionalismo no es sólo una meta, un proyecto al que aspirar, sino también y muy fundamentalmente, un instrumento muy valioso en la dinámica de la lucha de clases. Y por supuesto, no es un idealismo embaucador que pueda distraer la atención de las realidades concretas, sino precisamente un medio de acercarse más a éstas.

c) Conciencia de "revolución cultural", antitecnocrática, autogestionaria, en el camino de la liberación del hombre.

Me interesaría resaltar este aspecto, que no ha sido lo suficientemente explicitado entre nosotros. Me refiero a que frente a la tentación tecnocrática, que no es solamente el predominio excesivo de un sector social, sino la imposición de una ideología -la de la eficacia por la eficacia- también nos encontramos hoy con un movimiento de repulsa, de vuelta a la espontaneidad de la vida, a una búsqueda del sentido de la misma, a encontrar una finalidad para ésta. Un movimiento de "saber lo que queremos" y "a donde vamos". Hoy se habla en el mundo de una "revolución cultural", "un proyecto de esperanza" (Garaudy), un "mayo francés, un movimiento de la "contracultura". Todo ello lo sentimos los andaluces muy cerca, porque enlaza con la vieja tradición libertaria, tan propia de nuestros heroicos movimientos campesinos; todo ello encaja con la entrañable tradición anarquista de nuestros viejos luchadores obreros. Aunque se hable otro lenguaje más actual, y lo que se pretende sea encontrar unas perspectivas más humanas, autogestionarias, que supongan una alternativa a esa política del crecimiento por el crecimiento, que no tiene otro objetivo que el de permitir que la máquina siga funcionando con el máximo de rendimiento. A una política de consumismo, de deseos de objetos que nunca dejan plenamente satisfechos, debiera sustituir una política que tenga como objetivos prioritarios la plena realización del hombre, el "hombre" nuevo de que tanto se habla.

El socialismo, desde esta perspectiva autogestionaria o libertaria, regionalista, no sería solamente un nuevo sistema de producción, sino algo más; una nueva forma de entender la vida. Se trataría de un socialismo con finalidad humana, frente a la perversión que suponen otros socialismos vigentes de convertir los medios -colectivización de los medios de producción -en fin en sí mismo.

A partir de estos presupuestos, es evidente que el propósito de intercalar, a todos los niveles y en todos los frentes, instancias representativas populares, supone un primer paso en este camino. el traspaso de responsabilidades a aquellas unidades que por ser más pequeñas y más reales, puedan ser más directa y efectivamente representativas -como son las regiones- resultante implica un avance en este sentido.

Por otra parte, desde el momento en que la democracia no se agota en la simple representatividad, sino que debe aspirar cada día a fórmulas más efectivas de participación a todos los niveles, es evidente que una comunidad humana, un pueblo con afinidades bioculturales e intereses económicos comunes, se perfila como el mejor sujeto, gerente de todas las decisiones que le afecten al mismo.

En la medida, pues, en que cada día se avance más en lucha por la democracia y el socialismo, y éste sea un socialismo autogestionario, más importancia ha de tener la región, no sólo en el camino de una descentralización de las decisiones, sino, lo que es más importante, en una participación real y efectiva del pueblo en la elaboración y control de las mismas.

De aquí que, en esta misma línea, para nosotros existe una noción extraordinariamente clara: no hay alternativa democrática válida si ésta no pasa por las regiones y nacionalidades, y concretamente por lo que a nosotros se refiere, por una autonomía para Andalucía.

Porque la democracia no es algo que se nos ofrezca así, de repente, de la noche a la mañana, sin un largo proceso de conquistas progresivas. La libertad no es algo que se decreta, se otorga o se ofrece, sino algo que cada pueblo, cada colectividad, cada clase o cada institución, ha de ir consiguiendo por sí mismas, en un largo proceso de concienciación y lucha. La democracia no ^{es} sólo partidos políticos legales, elecciones libres y por sufragio universal, sino una forma de organizar la toma de decisiones, para que en éstas participen todos aquellos que de algún modo se sientan afectados por las mismas. La democracia, en definitiva, implica un procedimiento de autogestión garantizado.

Uno de estos escalones, para nosotros fundamental, puesto que afecta al primer grado de la descentralización de las decisiones, con objeto de que estas no sean exclusivamente burocrático-estatales es el que constituye la autonomía regional. De aquí que esta sea el primer escalón en la conquista de la democracia.

Para nosotros, pues, el primer paso hacia una verdadera democracia implica ya una autogestión andaluza. O sea:

a) el reconocimiento de la personalidad política de Andalucía y el derecho del pueblo andaluz a su autogobierno, en pie de igualdad con el resto de los pueblos de España.

b) la conquista del Poder andaluz, en sus objetivos de orden político, económico, social y cultural.

c) la dotación a este poder andaluz de un organo legislativo y uno ejecutivo, responsable de la ordenación y gestión de sus intereses.

La democracia implicaría en consecuencia, que el pueblo andaluz pueda decidir sobre sus propios recursos naturales, sobre sus fuerzas de trabajo, sobre su ahorro, incluso sobre su propio folklore y su cultura, de los que ha sido desposeído.

Por otra parte, la autonomía de Andalucía encaja plenamente incluso es pieza clave, en lo que pudiéramos llamar una estrategia global de cambio. Y ello es así, porque para nosotros -insistimos- el tránsito al socialismo sólo podrá realizarse mediante la vía de una profundización de la democracia, hasta el grado de hacerla autogestionaria. Sólo en el momento en que ésta alcance un elevado grado de profundización y extensión, se habrá producido el salto cualitativo y estaremos ya en el socialismo, porque entonces afectará también a las esferas económica y social. Se trataría de avanzar en las libertades formales, para hacerlas, cada día, más reales. Y en este proceso, la región ocupa el primer escalón intermedio, un paso imprescindible. Porque el tránsito pacífico al socialismo no consistiría en conseguir focos de autogestión, empresas autogestionadas las que serían fácilmente fagocitadas por el sistema burgués-capitalista, sino escalones globales de autogestión -y el primero sería el regional- que fuesen prácticamente irreversibles. A partir de estos escalones -que son escalones de poder político y económico- habrá de ir avanzándose sucesivamente.

En resumen, en la alternativa democrática que, de cara al futuro, nosotros entrevemos, la autonomía regional, en forma de poder andaluz, es una pieza clave sin la cual es imposible seguir caminando no sólo hacia la verdadera democracia, sino también al socialismo.

A partir de estas sucesivas "tomas de conciencia", en cierto modo nuevas, es manifiesto que los planteamientos que actualmente se hacen del regionalismo -y concretamente de lo que nosotros llamamos Poder andaluz- son muy distintos a los que habitualmente se han venido haciendo desde otras posiciones. Nada tiene que ver, por ejemplo el nuestro, con los regionalismos románticos, tradicionales, de principios de siglo; ni con los regionalismos tecnocráticos, desarrollistas, que ahora se nos prodigan. Porque aunque por supuesto no podemos despreciar, sino al contrario, considerar como predecesores a Blas Infante y las "Juntas liberalistas", nuestro enfoque del problema es bastante diferente.

Como es sabido, ellos se hablaban un tanto abstracta e idealistamente del "genio de Andalucía", buscando sus raíces históricas, para intentar reactivarlo ahora. Nosotros hablamos de algo más concreto como es el pueblo andaluz de hoy, enmarcado en una determinada estructura socio-económica, que no sólo reside en la Andalucía geográfica, sino en el éxodo de Cataluña o de Europa. No pretendemos -como ellos noble pero ingenuamente hacían -ganar adeptos "captando silenciosamente cerebros y corazones", ni tampoco nos limitamos a "sembrar ideas en el ánimo del pueblo", sino que queremos dar un paso adelante, dotando a este pueblo andaluz de una conciencia de clase-clase trabajadora doblemente oprimida: como tal y como andaluza- y se pretende movilizarlo proporcionándole un proyecto político de acción. Todo lo cual, evidentemente que no podrá realizarse sin contar con el instrumento adecuado para el mismo: un partido político. Condición "sine qua non" que, sin embargo, no supieron ver en su tiempo los nobles y muy honrados hombres "liberalistas", por lo que sus propósitos se quedaron en "simples buenos deseos".

También es diferente nuestro planteamiento del que, clásicamente han venido desarrollando las llamadas "nacionalidades de base" -Euzkadi, Cataluña, Galicia- y que, amparándose en una cierta conciencia nacional -una lengua, una cultura, una geografía- han reivindicado una serie de autonomías políticas. De aquí su enfoque en cierto modo interclasista, y la realidad histórica de que estos "nacionalismos" han sido en buena parte asumidos por un importante sector de la burguesía autoctona. En cambio, nuestro proyecto político no coincide en absoluto con el de la burguesía andaluza; si algo tenemos en común, es solamente el marco territorial en que nos movemos.

De aquí que nuestro regionalismo -el poder andaluz- sea mucho más y distinto a cualquiera de los otros regionalismos que hoy comienzan, a remolque nuestro, a dar señales de vida en nuestra zona. Entre otras razones, porque estos últimos se suelen fundamentar ^{en} simplemente unas bases funcionales u operativas. Es decir, en el mejor de los casos, parten del descubrimiento de que la región es una ordenación territorial mucho más funcional. Con ello quieren decir que, en ella la región, las relaciones sociales serían más estrechas entre comarcas y zonas; que las articulaciones de mercados de trabajo y productos serían más obherentes; que la forma de ordenar la acción humana sobre el territorio sería median te plânificaciones regionales, y, por lo tanto, mucho más racionales; que se procuraría de este modo , un desarrollo armónico de las formaciones sociales regionales. En definitiva, co n este tipo de regionalismo, lo más que se trataría es de una puasta en entredicho, una crisis, en las técnicas burocráticpecentralizadoras de mando, que hasta aquí han venido imperando. Pero con él no se pasaría de un "regionalismo tecnocrático" como forma más racional y mejor adaptada a las realidades de base; es decir, un modo de organizarse mejor, pero dentro del mismo tipo de sociedad capitalista dependiente. En resumen, un modelo más racional de perpetuar el mismo dominio de clase.

Para nosotros las cosas son distintas. No se parte de la ideología de una det erminada zona geográfica, elevándola a la categoría de mitp. No nos dejamos llevar por romanticismos o conceptos abstractos, Partimos de realidades vivas y concretas, y nada más vivo y concreto que el pueblo andaluz, que vive, sufre y trabaja, dentro y fuera de nuestra Andalucía. De aquí que la fuerza motriz a la que nosotros intentamos movilizar no sea otra que la que constituyen los campesinos pobres, los jornaleros, los obreros y trabajadores de los sectores industriales y de servicios; los profesionales y artistas, en cuanto son, y se sienten, hombres andaluces. Y como tales, alienados, explotados, oprimidos, en una doble vertiente, de como hombres y como andaluces.

En ^{Conclusión} ~~de primera~~, nuestro regionalismo no es un regionalismo geográfico, ni administrativo, sino un regionalismo desde posiciones marxistas, por cuanto al pretender recobrar nuestra identidad como pueblo, estamos simultáneamente asumiendo una posición de clase. Y es

to último es definitorio. Porque en nuestra jerarquía de valores e intereses -vuelvo a insistir- aquello a lo que todo lo demás se subordina, no es otra cosa que los intereses generales de la clase trabajadora andaluza, o lo que es lo mismo, los intereses generales de una "transformación revolucionaria de nuestra sociedad", para que ésta llegue un día a ser socialista.

De aquí que, en la batalla de los regionalismos que durante los próximos meses vamos a presenciar, se vayan a enfrentar dialécticamente, tres diferentes formas de plantear el tema regional. Son tres planteamientos políticos distintos, tres iniciativas a niveles diferentes.

a) un regionalismo cultural-burgues. Hay un hecho que debería llamarnos la atención a este respecto: el que sean las regiones históricas más relevantes, con un regionalismo cultural y étnico fuerte, con una conciencia autonomista muy viva -Cataluña y País vasco- aquellas precisamente que poseen el más alto grado de desarrollo del país. ¿Qué significa esto?

Porque, aunque hoy no se puede negar que la clase trabajadora de esas regiones se halla identificada con los planteamientos ^uautonómicos, también es verdad que su origen histórico -la búsqueda incluso del "hecho diferencia"- no ha sido otro que el de servir de ideología a una burguesías periféricas -industriales y comerciales- que intentaban defender sus intereses frente a las burguesías dominantes controladoras del poder estatal. En última instancia, lo que dichas burguesías pretendían no era otra cosa que unos proteccionismos arancelarios, o unos ventajosos conciertos fiscales.

La fuerza política de este regionalismo burgués es manifiesta, desde el momento en que ha conseguido movilizar a su favor grandes masas de la población trabajadora. Un regionalismo que, no obstante, aunque ~~regionalista~~ burgués en su esencia, es progresista, frente a la alta burguesía estatal y oligárquica. Un regionalismo que es políticamente vivo, activo, con mucha fuerza, y que va a plantear sus reivindicaciones desde la base, para imponer sus condiciones. Un regionalismo democrático, pero del que no debemos perder de vista su esencia.

b) un regionalismo tecnocrático. El Gobierno es consciente de grave problema político que representan las reivindicaciones vascas y catalanas, y piensa que la mejor forma de hacerle frente es de dos modos: 1. por una parte, extendiéndolo al resto de los pueblos de España, incluso aquellos que no lo piden con demasiada fuerza, y

2. tecnocratizándolo al máximo, institucionalizándolo, convirtiéndolo, a ser posible, en una simple descentralización de funciones. Este es el regionalismo que vá a ofrecer el Gobierno. Un regionalismo desde arriba, concedido, y que pretendería una mejor distribución de las competencias; una forma, en definitiva, de mejor organizar la administración. A las mancomunidades de Diputaciones se le encomendaría su puesta en marcha.

c) un regionalismo popular-democrático. Desgraciadamente con poca fuerza, poca conciencia, poco arraigado en aquellos pueblos subdesarrollados y dependientes del Estado español, que son precisamente los que más lo necesitan. Es un regionalismo que sólo está presente en algunas monorías de esos pueblos, y que constituye el fundamento teórico de algunos partidos regionalistas de clase.

Parte del presupuesto- tantas veces citado en estas páginas- de que el capitaniismo necesita zona subdesarrolladas, dependientes, periféricas, coloniales, incluso dentro de cualquier Estado, para que puedan desarrollarse otras zonas "centrales", industrializadas, capitaniizadas, inversoras, que extraen de las primeras, no sólo toda índole de plusvalía, sino incluso mano de obra barata. De aquí que en tanto no exista un poder popular que esgrima frente al central, los derechos de las clases trabajadoras periféricas y superexplotadas; que ponga en sus manos toda una serie de recursos elementales (ahorro, inversión, etc.) y que, a la larga, proceda a una transformación de las relaciones de producción vigentes, para ir convirtiéndolas en socialistas, tales pueblos permanecerán en estado colonial, y sus clases trabajadoras doblemente oprimidas.

El regionalismo, en este último caso, no excluye los posibles fundamentos étnicos o culturales, pero lo que sí es evidente, es que se basa, esencialmente, en otros presupuestos. Es un regionalismo que, por otra parte, necesita fundamentarse en una clara conciencia de clase- clase obrera y trabajadora- necesariamente unida a "conciencia de pueblo subdesarrollado". Es un regionalismo que ha de asumir, teórica y prácticamente, el hecho de la doble explotación a que se hallan sometidos sus pueblos.

Este regionalismo popular-proletario, o popular-democrático, con clara conciencia socialista, hay que ~~reconocer~~ reconocer que no ha

calado lo suficiente en las masas trabajadoras de sus respectivos pueblos -andaluz, extremeño, castellano, gallego, etc. Pero lo que sí es manifiesto, es su necesidad histórica, su ineludible exigencia de ser llevado a la práctica. Y las necesidades, cuando son objetivas, más tarde o más temprano, llegan inevitablemente a la conciencia de los hombres.

En la lucha entablada de los "regionalismos" conviene que tengamos en cuenta estos tres enfoques, tres dialécticas que, con más o menos fuerza, van a presentarse. Aunque a priori hay que reconocer que precisamente la forma más cargada de razón, la popular-democrática, es también la que menos fuerza material posee; ni la base social ni el poder constituido, inclinan hoy la balanza a su favor. Sólo la razón, insisto, está de su parte; y ésta evidentemente que necesita mucho tiempo para abrirse camino.

V

PARA UNA ALTERNATIVA GLOBAL DE CAMBIO. "EL PARTIDO DEL PUEBLO ANDALUZ"

Hay un principio que debe aceptarse como axiomático: la liberación del pueblo - en nuestro caso, pueblo andaluz - y el establecimiento de unas relaciones de producción socialistas - condición imprescindible para que sea realidad tal liberación - nunca podrán surgir espontáneamente, dentro del mismo sistema, a no ser que se produzca una ruptura, un cambio de poder, y éste pase a manos de la clase trabajadora. Esto quiere decir, que en la transición del capitalismo al socialismo son las relaciones jurídico-políticas las primeras que deben cambiarse; es el poder lo primero que debe de conquistarse. Si el paso del feudalismo al capitalismo sí pudo hacerse casi espontáneamente, en virtud de las propias leyes de desarrollo de las fuerzas productivas, ahora está demostrado que para dar el siguiente paso la acción política debe preceder a la propiamente económica. Esto quiere decir, lisa y llanamente, que sin controlar el poder del Estado, al menos en parte, será imposible dar un paso adelante.

La acción política alcanza así una singular prevalencia. Y la necesidad de los partidos políticos - único instrumento hasta ahora válido para actuar en política - se hace imprescindible.

Por otra parte, también es axiomático que así como la clase obrera abandonada a sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia reivindicativa, "tradeunionista", pero no de comprender sus intereses estratégicos a largo plazo; así también con más motivo, un pueblo entero oprimido y alienado, será por sí sólo incapaz de darse cuenta, ver claro, en donde están los intereses de la lucha en su conjunto: sus objetivos finales, sus tareas políticas a corto y largo plazo. Sí, como es sabido, sólo los intereses estratégicos a largo plazo representan los verdaderos intereses de las clases trabajadoras, también sólo una estrategia global de cambio, una transformación socio-económica en profundidad, puede suponer la liberación de un pueblo. Y esto, por supuesto, sólo podrán asumirlo y divulgarlos los partidos políticos. Exclusivamente ellos serán capaces de ir creando las conciencias, y, sobre todo, ir formando una conciencia colectiva que sepa

percatarse claramente de por donde van sus intereses verdaderos. Es bien sabido que conciencia de clase existe cuando se sabe bien en donde están los verdaderos intereses de clase, y cuando se actúa consecuentemente con ellos. En otro caso habrá, todo lo más, instinto de clase, pero jamás verdadera conciencia. De igual modo conciencia de pueblo supone un determinado nivel colectivo de conocimiento el imprescindible para saber por donde marchan los verdaderos intereses de dicho pueblo, en nuestro caso concreto el andaluz.

Que, por todo esto, Andalucía necesite unos partidos políticos de ámbito y obediencia exclusivamente andaluza, es algo tan elemental, que casi no necesitaría de mayor insistencia. Y sin embargo es algo que por muchas fuerzas políticas no se quiere ver. Pero es que, además, si hoy se habla de una España de los pueblos, una autonomía de las "regiones", es evidente que esta autonomía necesita ser articulada a nivel de los pueblos que la constituyen, y no a escala de aquellos partidos estatales hegemónicos que confluyen en Madrid. Porque el futuro Estado español al que aspiramos, debiera ser una articulación de pueblos -y los catalanes y vascos van camino de conseguirlo- y nunca jamás el resultado de una ^{coincidencia} ~~coincidencia~~ entre las diversas burocracias centrales de los partidos más importantes. Como ya he señalado antes, Iñesta y Acosta lo han visto claramente así en sendos artículos en "El País" y "Triunfo", ~~antes citados~~. Y es que de otra forma, nunca jamás podrá haber verdaderas autonomías, y nunca jamás podrá darse un autogobierno. El principio es elemental: sólo unos partidos autónomos podrán velar por la autenticidad de un proceso autonómico. "Reconocer -dice Acosta- el derecho a la autonomía del pueblo andaluz es, inevitablemente, reconocer la necesidad de un partido del pueblo andaluz.

Primera etapa, pues, en el camino de la liberación del pueblo andaluz: la existencia de unos partidos de la clase trabajadora, de ámbito y obediencia exclusivamente andaluzas, y que sean, al mismo tiempo, factores de concienciación de este pueblo.

Ahora bien; un partido lo es tal, no sólo cuando posee una buena organización, con bien preparados cuadros y abundantes militantes; un partido lo es verdaderamente cuando, sobre todo, tiene una estrategia general de cómo ir consiguiendo sus objetivos. Pienso que más y mejor que un programa, por otra parte fácil de elaborar por cualquier gabinete técnico desde su particular despacho, un partido

necesita saber cómo y por qué medios vá a plantear su lucha. Un partido sólo será verdaderamente partido cuando tiene un proyecto político de acción, en el cual se sientan verdaderamente representados los intereses de su clase, y en definitiva, los de su pueblo.

Pero un proyecto político de acción supone tener elaborado un conjunto de tareas, lo suficientemente bien escalonadas en el tiempo y en el espacio, como para que tengan la necesaria coherencia y, sobre todo, eficacia. Me voy a permitir, a modo de hipótesis de trabajo, señalar aquellos aspectos que me parecen más importantes.

1. En primer término, concienciación del pueblo andaluz, para que éste asuma su identidad como pueblo, luche por esta identidad, y conquiste aquellos de sus derechos que son inalienables. Pero en política las cosas no son tan simples. Sería pueril que con conferencias, lecciones magistrales, libros o folletos, se pretendiese dotar al pueblo de conciencia. La conciencia se ilumina en el curso de la acción; la conciencia se adquiere mediante aquellos actos o actividades que puedan desempeñar el papel de "focos iluminadores" de conciencia. Hay, por otra parte, momentos o situaciones que propician a modo de súbitos descubrimientos de la verdad. Y son estos, acciones y hechos -en definitiva, son praxis- los que verdaderamente cuentan a la hora de la concienciación del pueblo. De aquí que, a mi modo de ver, una tarea fundamental para todo Partido que pretenda concienciar a su pueblo, es emprender aquellas acciones que pongan de manifiesto la situación de opresión, marginación o injusticia que este pueblo sufre. Es decir, de lo que se trata es de conseguir actos o acciones que puedan convertirse en focos iluminadores de una conciencia oprimida. Actos o acciones que despierten reacción en el pueblo, precisamente cuando son prohibidos o reprimidos. De aquí que provocar la represión -y más cuando es indiscriminada- contra una causa justa, es, políticamente, la operación más rentable que pueda realizarse.

Pero además, un partido del pueblo andaluz necesita despertar contra sí la repulsa de las clases dominantes. Necesita demostrar al pueblo que "hay cosas que no pueden reivindicarse". Y necesita poner de manifiesto, que por su causa, hay unos hombres que están dispuestos a luchar, sacrificarse, y sufrir muy duros perjuicios. Así es como verdaderamente se conciencia al pueblo.

2. En segundo término, todo proyecto político de acción debe llevar aparejado unos objetivos a corto y largo plazo. En nuestro caso concreto, estos ~~objetivos~~ objetivos a corto y largo plazo habrían de irse materializando en lo que podríamos llamar Poder Popular andaluz.

Ahora bien; el poder andaluz no es simplemente un slogan inventado con el propósito de movilizar a las masas. Poder andaluz sería mucho más que esto, ya que ~~contaría con~~ ^{habría de consistir,}

a) en una necesidad objetiva de nuestro pueblo ante la actual coyuntura histórica. Cuando otros pueblos de España están imponiendo su autonomía, para nosotros es clave contar con un poder propio que la conquiste verdaderamente, y no se conforme con que se nos otorguen concesiones puramente formales, administrativas o burocráticas.

b) en un instrumento de este pueblo para a sí mismo encontrarse; en un aglutinador de energías y esfuerzos.

c) en un fín al cual nuestro pueblo poder encaminarse. Y ello en cuanto supone de posibilidad de contar con la fuerza necesaria para poder autogobernarse, para poder decidir sobre todos aquellos problemas en que nos sentimos implicados.

Poder andaluz supone, por lo tanto, una clave política para salir del subdesarrollo, conseguir la libertad y caminar al socialismo. Poder andaluz pretende ser algo profunda y radicalmente dialéctico, puesto que sería medio y fin al mismo tiempo, y se irá construyendo mediante el propio desarrollo de los efectos de su acción. Pero poder andaluz sólo será realidad cuando deje de ser obra exclusiva de un partido político para convertirse en tarea común de todas las fuerzas populares de Andalucía.

Por otra parte, para nosotros poder andaluz no supone la conquista súbita y total del gobierno de la región. Planteado de esta forma podría parecer que preconizamos la irrupción brusca y hasta violenta en el poder. Nosotros preconizamos la conquista pacífica progresiva y, sobre todo, democrática de este poder. Incluso llegamos a más, ya que en nuestro ideario está la fórmula de una democracia autogestionaria, con una fuerte raíz libertaria, lo que tanto caro es a todos los movimientos revolucionarios que en Andalucía se han sucedido. Poder andaluz es poder popular, poder autogestivo

nario, conseguido poco a poco, escalonadamente.

Bajo este criterio, en la supuesta "via andaluza al socialismo" que, con todo esto, pudiera ir alumbrándose, entraría, como elemento clave, éste de ir conquistando, poco a poco, escalones de poder. Escalones de poder en todo el aparato estatal de la región, pero sobre todo en el administrativo, el ideológico, el político y, sobre todo, el económico. Con unos enclaves que son trascendentales en el futuro de la región: me refiero a los enclaves de poder popular andaluz que pudieran ir situándose a niveles de Municipios y Diputaciones, y desde los cuales ir realizándose una política verdaderamente popular, autogestionaria, de transformación en profundidad de nuestra sociedad.

Para nosotros la libertad no consiste en imponer o reivindicar unos derechos individuales; la libertad es el derecho a participar espontáneamente, directamente, en la vida de la colectividad; en aportar cada uno su propia capacidad, su pensamiento, sus brazos, para resolver aquellos problemas que a todos afectan. La esencia de la cuestión radica en "sentirse libre en cuanto miembro de una comunidad solidaria". Este es el tipo de poder popular, democrático, que nosotros preconizamos a niveles de Municipios y Diputaciones, así como de cualquier organismo o institución públicos.

Ahora bien, somos conscientes de sus dificultades prácticas. En la vida todo son contradicciones que se convierten en relaciones dialécticas. Por ejemplo, habremos de encontrarnos entre "participación autogestionaria" y "burocracia necesaria"; entre "espontaneidad" y "eficacia". Frente a la concepción burocrática del Estado de Max Weber, nos encontramos la anarquista de Proudhon, Bakinin y Kropotkin. Para estos últimos, lo que vivía siempre la revolución es la burocracia y el Estado. Pero también sin una organización, sin un dintel de orden y precisión, los peligros del caos aparecen rápidamente. Hasta ahora, en la historia, cada progreso conseguido se ha rematado con un retroceso subsiguiente; cada avance ^{alcanzado} ~~conseguido~~ se ha pagado al precio de una cierta regresión; cada despliegue de energía humana creadora se ha visto pagada con la mutilación o la atrofia de alguna facultad creadora. Pero la historia es así. Hay que ser consciente de ello, de los riesgos siempre amenazantes que pueden presentarse, pero seguir avanzando. Los escalones de poder popular andaluz no serán un camino seguro o rectilíneo, sino, unas tentativas siempre expuestas a todas las contradicciones.

Finalmente, hay un punto que importaría clarificar. Si por principio aceptamos la democracia, -la vía democrática de acceso y conservación del poder- es evidente que también lo hacemos con el sufragio universal, directo y secreto, con todas ^{que este implica} ~~estas~~ consecuencias. Para nosotros el sufragio universal es una conquista irreversible del género humano, no sólo como mecanismo imprescindible para elegir representantes de las distintas opciones posibles, sino para que el pueblo decida sobre algunas cuestiones importantes de interés general. Es algo, pues, que aceptamos, apoyamos, y consideramos insustituible. Ahora bien; el sufragio universal no es todo; el sufragio universal no es la panacea. El sufragio universal puede dar la mayoría de votantes, y la mayoría de parlamentarios, a los partidos que quieran el socialismo, y sin embargo, ello no otorga el poder real. Sería una forma de "cretinismo parlamentario" esa de creer que con sólo conseguir la mitad más uno de los votos en las Cortes, la revolución puede estar garantizada. Lo importante son los poderes reales, aquellas que confieren el control del aparato del Estado. Lo que verdaderamente cuenta es dominar en los aparatos administrativos, los ideológicos, los coercitivos, los económicos.

Por lo tanto, aunque apoyada y respaldada en el sufragio universal, ninguna fuerza verdaderamente revolucionaria puede hoy prescindir de elaborar una estrategia que suponga el control efectivo de los aparatos del Estado. En tanto esto no ocurra, todas las victorias serán pírricas, fugaces, susceptibles de ser fácilmente evaporadas en cualquier golpe de fuerza. De aquí la importancia también, de que simultáneamente que se utilizan los mecanismos electorales y las cámaras parlamentarias, se deba de tener siempre a punto un poderoso movimiento de masas, unas amplias movilizaciones populares, un efectivo contacto con la mayoría del país, para que las vanguardias "representativas" no se sientan aisladas, solas, sin respaldo, en su tarea de consolidación del poder. En toda empresa verdaderamente seria de transformación económico-social, es imprescindible la colaboración de las masas; es fundamental que ellas comprendan de qué se trata para que le presten el necesario apoyo. Me parece que este aspecto del problema es ~~fundamental~~ trascendental.

No quisiera terminar, sin unas cuantas consideraciones finales: Para nosotros, la conquista de la libertad por nuestro pueblo, el logro de la autonomía regional, el paso al socialismo, la superación

del subdesarrollo, son fases o aspectos de un único proceso liberador, cuyo denominador común lo constituye el hecho de que se alcance una clara conciencia de nuestra identidad como pueblo. Conciencia de pueblo y poder andaluz se hallan -insisto- estrechamente entrelazados. Porque el Poder andaluz no sería otra cosa que la materialización de esa conciencia, su concreción fáctica a la hora de actuar. Por otra parte, sólo se adquiere conciencia de pueblo cuando se dota a este pueblo de un proyecto político de acción; cuando este pueblo se siente movilizado para algo; cuando lucha por unos objetivos en los que se siente representado. Lo cual es precisamente función de los partidos políticos, en la medida en que estos han de concienciarlo, o lo que es lo mismo, hacerlo pasar de las reivindicaciones inmediatas y espontáneas, a otras que, aunque proyectadas a largo plazo, son las reivindicaciones que van a las causas.

En este sentido es evidente que no basta con ser andaluz, para adoptar actitudes políticas consecuentes con los intereses de Andalucía. Como no basta con ser obrero, para identificarse claramente con los intereses de su clase. Para ambas cosas es necesario "tomar partido" -el partido del pueblo andaluz -y comprometerse en la lucha. Lo importante, en definitiva, es saber que el camino es válido, aunque resulte largo, difícil, incluso contradictorio.